

"Habitamos el mundo míticamente".

Mitoanálisis de la globalización

Hervé Fischer

<https://www.mythanalyse.org/textes>, sin fecha



Niño geopolítico observando el nacimiento del hombre nuevo, Salvador Dalí, 1943

Maxime Gorki escribió hacia 1901: "La literatura es el espejo vivo del ser, el medio más inmediato y perfecto para que los pueblos se conozcan y aprendan a respetarse mutuamente".¹ Y en 1905, Anatole France describía a Gorki como "un escritor que pertenece al mundo entero". Su llamativo compromiso revolucionario, contrarrestado por su preocupación por defender la libertad de pensamiento a pesar de la presión de los bolcheviques y del propio Lenin, y luego su panegírico de la política de Stalin, que le valió una ambigüedad política difícil de negar, podría parecer emblemático del tema de la globalización tal y como podríamos debatirlo hoy. En ese entonces, el comunismo soñaba con la globalización. Hoy, el ideal intelectual de Anatole France parece haberse convertido más bien en el sueño del capitalismo en busca de mercados planetarios, los holdings de Hollywood o las transnacionales de la cosmética que se esfuerzan por instaurarlo y legitimarlo ideológicamente. Y a este sueño se resisten quienes acusan a la

¹ Catálogo de la exposición *París-Moscú*, p. 403, Centro Pompidou, París, 1979.

globalización capitalista de explotar el planeta, posiblemente en su forma más darwiniana o salvaje: la ley del más fuerte. La globalización nos presenta dos caras opuestas del dios Jano.

Max Weber, con toda la mesura epistemológica de un sociólogo, habría identificado la globalización como un "**tipo ideal**" que se actualiza combinándose con el neoliberalismo. Pero este enfoque nos parece insuficiente para dar cuenta de ella, porque la idea no es nueva; ha perdurado con fuerza cósmica, adoptando formas muy diferentes en épocas y sociedades distintas. Tiene todas las características poderosas y dramáticas de un mito.

El mito de la globalización

Hoy en día, la globalización parece dominar nuestro planeta, identificándose con él como un pleonasma que expone su unidad y su totalidad. Somos conscientes de que la globalización es mucho más que un "tipo ideal" que construimos, o "un cuadro de pensamiento homogéneo" como hubiera dicho Max Weber, para dar cuenta de una situación y facilitar nuestro análisis. Una imagen no es en sí misma una fuerza, sino sólo una descripción. Max Weber era un sociólogo prudente. Otros sociólogos o epistemólogos, creyendo también en su prudencia metodológica, hablan en cambio de "concepto operativo". Técnicamente, este término designa un procedimiento operativo ordenado metódicamente, por ejemplo, en la electrólisis o en el corte de una pierna. Pero en el lenguaje cotidiano, al igual que en los textos sociológicos, asociamos irracionalmente una fuerza activa al concepto. Las metáforas de las imágenes-palabras, e incluso las de las ciencias humanas, van más allá de las estadísticas para dramatizar lo imaginario. La globalización se extiende, conquista las conciencias y los mercados, crea esperanza o miedo. Esto plantea la pregunta ineludible: ¿cuál es la fuerza que la impulsa? ¿Es una fuerza física como la gravitación? ¿La fuerza económica del más fuerte?

Más bien evoca la fuerza psíquica de una representación de nuestra relación con el mundo. ¿Es, como en el magnetismo, una fuerza de atracción? ¿Un deseo de unión cósmica? ¿Unida a una fuerza de repulsión? ¿Miedo al otro? En todos los casos, hablamos de ella como de un actor poderoso, beneficioso o formidable. Para comprenderlo, hay que intentar contar su historia o, para decirlo con más precisión, las historias que han construido este imaginario.

En las sociedades que hoy llamamos "primitivas", los etnólogos hablan de una unidad del cosmos que caracterizaba su relación con el mundo. Esta conciencia era evidentemente local y diferente para cada grupo, pero según los etnólogos, cada comunidad humana se situaba en el centro del mundo, en el centro de los cuatro puntos cardinales, el cenit y el nadir, entre el cielo y las fuerzas tónicas. Los chinos del Reino Medio consideraban, pues, que las demás poblaciones vivían en sus márgenes.

En lo que hoy llamamos Antigüedad, la mayoría de los Antiguos también creían que la Tierra, si tenían en cuenta su inmensa extensión, era el centro del mundo y que las estrellas giraban a su alrededor. El hombre mismo -o al menos el ciudadano- era la medida de todas las cosas. Aún teníamos una representación unitaria y centrada del universo. Los cultos al Sol, a la Serpiente, a los dioses politeístas y a los dioses monoteístas que surgieron sucesivamente celebraban a estos seres originales como las piedras angulares de sus cosmologías. Las herejías de Galileo y Copérnico descentraron la Tierra, pero no al Hombre, no al creyente en su encuentro cara a cara con su dios creador. En otras palabras, la idea de la unidad de la Tierra y el Cosmos ha dominado las civilizaciones durante milenios, tanto si se piensa a escala local como global.

Sin embargo, la idea de la unidad de la humanidad era ajena a todas estas civilizaciones, que basaban su dominación en la diversidad de las razas humanas y las jerarquías sociales. Tribus y clanes luchaban entre sí, los ciudadanos se distinguían de los esclavos, los creyentes de los paganos, los poderosos de los siervos, los conquistadores de los nativos, los blancos de los negros y los amarillos. Lo que más faltaba era la conciencia de unidad humana que conocemos hoy: sencillamente, no existía. Reinaban las diferencias, los conflictos, las conquistas y, a menudo, los sometimientos violentos.

En un paradójico doble movimiento de la conciencia humana, cada grupo social creía tanto en la unidad de su cosmos como en la diversidad de los demás grupos humanos. Es incluso en nombre de estas diferentes cosmogonías como han tenido lugar los incesantes conflictos que jalonan la historia. Cada sociedad, griega, romana, islámica, católica, incaica, imperialista, colonialista o comunista, ha intentado imponer su visión del mundo y su dominio sobre las demás. Incluso las grandes guerras del siglo XX fueron declaradas "guerras mundiales". Sin embargo, hoy, desde la caída del comunismo, en Occidente creemos asistir a una globalización capitalista y occidental del planeta, siguiendo una lógica universal, económica y cultural, incluso en India, África y China, a pesar de la emergencia de fuerzas políticas multipolares. Los mitos son imágenes imaginarias compartidas por un grupo social o una civilización. Así, descubrimos que la creencia en la globalización nos remite al antiguo mito de la unidad cósmica, que perdura al tiempo que se transforma.

El imaginario occidental

Hay quienes creen en la globalización y quienes se oponen a ella. Como en la mayoría de nuestros mitos griegos, la evocación de la globalización pone en movimiento fuerzas opuestas, el deseo de unidad y el deseo de singularidad o unicidad, que se expresan hoy en las ideas contradictorias de globalización y diversidad cultural. Son los dos polos de nuestra conciencia en tensión entre la idea de pertenencia a una humanidad planetaria y la de la singularidad de nuestro grupo o incluso de cada uno de nosotros. Mundo o mónada: la elección es nuestra. Tanto la globalización como la diversidad cultural se nos presentan como dos irrealidades inalcanzables, dos fantasías contradictorias, dos deseos opuestos, dos voluntades contrapuestas.

La globalización puede parecerse menos demostrable que la diversidad, cuya realidad conflictiva todos recordamos y los terribles sufrimientos que ha engendrado a lo largo de nuestra historia. La globalización se nos presenta más como una herencia de nuestras creencias religiosas tradicionales o como la emergencia de una nueva etapa de nuestra conciencia, esta vez laica, que esperamos construir de forma más equitativa o cuyos efectos perversos ya denunciamos. Estas cuestiones, la globalista y la identitaria, suscitan multitud de debates políticos, económicos y culturales. Populismo y federalismo chocan en Europa. Hay una dialéctica viva entre Cataluña y España, o entre Escocia y Gran Bretaña y Europa en ambos casos. El Brexit fue objeto de un agónico referéndum. La afluencia de inmigrantes asusta a unos y despierta empatía en otros. El multiculturalismo se interpreta de diferentes maneras, como un gran paso adelante o como un error fatal en Canadá, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. El debate sobre los símbolos religiosos externos no parece dispuesto a llegar a su fin en Quebec. En todos los casos, los partidarios de uno y otro bando esgrimen energías

justificaciones. Las imaginaciones son más decisivas que las cifras.

Estos debates bipolares enfrentan claramente dos mitos fundamentales, el mito de la unidad y el mito de la singularidad. De la unidad, de la globalización, esperamos la armonía universal, el diálogo productivo, la paz, la seguridad, el poder, la prosperidad; en resumen, una felicidad mítica que anhelamos en este mundo plagado de conflictos. De la singularidad en la diversidad, esperamos menos sumisión, menos soledad y más solidaridad, más libertad individual creativa, un sentimiento de identidad a escala más humana y un deseo de realización igualmente irreal. En nuestras sociedades contemporáneas vemos la misma tensión entre el poder de la masa y la resistencia del individualismo, el deseo de integración y el miedo a la estandarización.



Ilusión de identidad 1, 2021. En la serie Inundaciones de ilusiones
Acrílico, óleo y scratch sobre lienzo, 188 x 188 cm
Hilary Balu

Negociamos nuestra relación con el mundo

Me gustaría introducir aquí el concepto de *negociación*, que me parece fundamental para el mitoanálisis. Entre estos dos deseos opuestos, entre los que vacilamos, entre estas dos nostalgias, la de la globalización y la de la singularidad, ¿cómo nos situamos? ¿Es posible un equilibrio?

¿Es la unidad una ilusión? ¿Una pérdida de autonomía, una resignación, porque inevitablemente será dominada por el más fuerte? ¿No es la soledad una fuente de sufrimiento y la solidaridad, por el contrario, una fuente de bienestar? ¿Y la globalización una restricción beneficiosa? ¿No incluye toda

idea de totalidad la posibilidad del totalitarismo? Pero ¿no es la conciencia planetaria, lo que yo llamo "conciencia aumentada", la condición de una ética global? ¿De un mayor respeto de los derechos humanos universales?

¿Es la singularidad una ilusión? ¿Son espejismos las identidades autónomas del individuo en una masa, de un país en una federación, de un escritor en una cultura? ¿No es todo estrechamiento del horizonte un encierro? ¿Existe el riesgo de que el folclore quede obsoleto con la marcha del tiempo? ¿Es la singularidad la ilusión burguesa denunciada por los marxistas? ¿Deberíamos acabar con esta vanidad inútil, de la que prescinden las sociedades africanas indivisas, o las sociedades colectivistas como China? ¿No nos haría eso más felices? Pero ¿no es la nostalgia de la singularidad un paso atrás? ¿Podríamos decir que la Edad Media fue una regresión del racionalismo griego? ¿Y que el Renacimiento significó, tomando la palabra literalmente, un nuevo nacimiento? ¿Cómo respondemos a preguntas como éstas, cómo evaluamos las fabricaciones contradictorias que intentamos celebrar, negar o hibridar?

¿Cuál será la más beneficiosa para nosotros, todos y cada uno de nosotros?

¿Cuál será la fatal para nosotros?

No todos los mitos son iguales. A veces difíciles de evaluar, algunos son beneficiosos, otros tóxicos.

Cuando un automovilista ve que un semáforo verde cambia a rojo, no duda. Pero nuestra relación con el mundo rara vez es tan binaria. Cuando se trata de elecciones complejas que implican valores fundamentales, que suscitan deseos y temores y, por tanto, la imaginación, sopesamos las ventajas y los inconvenientes previsibles. Lo dejamos para más tarde.

En otras palabras, nos enfrentamos constantemente a la necesidad de negociar nuestra relación con el mundo, con el fin de obtener lo que creemos que es lo mejor, pero que no está garantizado. Enfrentados a apuestas existenciales inciertas, no es con interlocutores, sino siempre directamente con el imaginario, con los mitos, con lo que negociamos.

La concepción biológica del mitoanálisis

El mitoanálisis postula que nacemos *homo fabulator* y que seguimos siendo *homo fabulator* durante toda nuestra vida. El mitoanálisis postula que nuestra relación con el mundo es siempre mítica. No hay nada en este mundo que no sea mítico, nada sobre lo que nuestro conocimiento pueda reclamar objetividad al eludir los filtros inconscientes de nuestras interpretaciones. El propio mitoanálisis pretende ser una teoría-ficción.

El mitoanálisis, tal como yo lo veo, postula un origen biológico para el desarrollo de nuestras facultades fabulatorias.²

Desde el momento en que el niño abandona la bolsa uterina que protegía su relación unitaria con su madre, en cuanto nace y el mundo se le presenta, debe enfrentarse al escenario del caos.

² Véase la página web de la Société internationale de mythanalyse: <https://www.myrthanalyse.org>

Es sin palabras (*in-fans*) como aprende a negociar su relación con la realidad. Lo único que tienen para interpretarla es su imaginación, sus emociones y sus sensaciones fisiológicas. Enseguida se ven atrapados en la dinámica entrelazada del cuadrado parental.

Las representaciones evolucionan según las etapas de su desarrollo fabulatorio. Al principio, se siente impotente y supeditado al cuerpo social (etapa de la tortuga de espaldas). Luego descubre su individuación aprendiendo a distinguir su cuerpo de su entorno inmediato (etapa del osito de peluche). Al cabo de un año, empieza a explorarlo más ampliamente y a objetivarlo con palabras (etapa del pingüino) antes de declarar su singularidad oponiéndose al mundo (etapa de la langosta). En la etapa mariposa, fabrica su crisálida, muda, luego vuela y busca alimento hasta que se une al enjambre social de la etapa adulta. Estos veinte años de negociación de su relación imaginaria con el mundo le han enseñado a someterse, explorar, destacar, adaptarse, oponerse y luego integrarse en el Gran Todo. Estas etapas en la construcción de su relación con el mundo permanecerán inscritas en las redes neuronales de su memoria y en su lógica inconsciente. Los altibajos, los buenos y los malos momentos de estas experiencias, los traumas y los vínculos felices que habrá imaginado con el mundo determinarán sus actitudes individuales a lo largo de su vida adulta. Celebrará el diálogo social, intercultural y mundial, o afirmará su irreprimible y sagrada singularidad, o se enfrentará de distintas maneras a las limitaciones y oportunidades de la realidad.

Todos los seres humanos pasan por la misma génesis biológica/fabulatoria. Pienso en un artista quebequés, Denys Tremblay, que fue elegido Rey de L'Anse Saint-Jean en un referéndum municipal perfectamente legal en 1997, y al que dediqué un libro. Siguiendo esta génesis fabulista, algunos serán identitarios, otros federalistas. Algunos seguirán siendo comunitaristas o multiculturalistas, mientras que otros soñarán con la globalización y una ética planetaria. Otros combinarán posiciones contradictorias. Unos serán pacifistas hasta el error, otros pendencieros hasta las armas. Y la memoria inconsciente de su desarrollo fabulista determinará sus relaciones familiares tanto como sus compromisos cívicos, así como sus obras artísticas, científicas, filosóficas o literarias, sin reducir su inspiración, sino todo lo contrario. Como atestigua la fama de Maxim Gorki.

La dimensión sociológica del mitoanálisis

Como he dicho, el mitoanálisis, tal como yo lo veo, postula un origen biológico para el desarrollo de nuestras facultades fabuladoras. Pero los mitos no flotan en un hinterland arcaico, anhistórico y asociológico, como han pretendido demasiados autores reconocidos. Nuestras fantasías se expresan de forma diferente en las distintas sociedades y épocas. Por lo tanto, me gustaría hacer hincapié en la naturaleza sociológica, además de biológica, del mitoanálisis. Ciertamente no podemos sociedad laica en el diván.³ Sin embargo, el mitoanálisis analiza la historia de un grupo social del mismo modo que el psicoanálisis analiza la biografía de un paciente. Tanto la historia colectiva como la biografía individual tienen su parte conocida, incluso reivindicada, y su parte inconsciente, vinculada a traumas,

³ Hervé Fischer, *La société sur le divan*, publicado por Vlb, Montreal, 2007.

frustraciones, acontecimientos significativos reprimidos o logros estructurantes. Por tanto, el método psicoanalítico también se aplica en cierta medida al análisis de un grupo social.⁴

La historia y la cultura de una sociedad nos dicen mucho sobre su inconsciente colectivo. Las posiciones que adoptamos a favor de la globalización o la diversidad van acompañadas, para cada uno de nosotros, de una procesión de emociones, nostalgias o esperanzas, frustraciones o deseos que sustentan nuestras convicciones. El mitoanálisis lo subraya: las emociones siempre señalan la presencia del mito en nuestras ideas. Es más, la biografía del individuo forma parte de la historia del grupo al que pertenece, que resuena y razona en él, en concordancia o disonancia. Nietzsche, por ejemplo, denunció el humanismo pequeñoburgués alemán en nombre del superhombre. Durkheim afirmaba que la sociedad es más que la suma de sus partes, y explicaba la anomia del suicidio contrastando la superioridad de la solidaridad orgánica con la debilidad de la solidaridad mecánica. Jean Jaurès, el magnífico pacifista, fue asesinado por el malvado Raoul Villain. El resistente francés Jean Moulin fue torturado por los conquistadores nazis del planeta. Pero lo que legitima el mitoanálisis no es el estudio de la historia y la mitología, sino su necesidad de actualidad.

⁴ Freud nos dio diversas demostraciones de ello a lo largo de su vida, sobre todo en *Psicopatología de la vida cotidiana* (1901), *Tótem y tabú* (1913), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), *El porvenir de una ilusión* (1927), *Malestar en la civilización* (1929) y *Moisés y el monoteísmo* (1939).



Los retos de la globalización, Chéri-Chérin, 2016

El mundo de hoy

La trágica historia del siglo XX, cuyos efectos aún sufrimos, nos llevó a crear la Sociedad de Naciones con el Tratado de Versalles tras la Primera Guerra Mundial, y luego la Organización de las Naciones Unidas tras la Segunda. Hemos multiplicado el número de instituciones internacionales en todos los ámbitos de la actividad humana, fundado federaciones y confederaciones, instituido congresos internacionales y creado organizaciones humanitarias mundiales. La caída del comunismo conquistador ha dado paso a un capitalismo neoliberal ávido de mercados globales. Esto se aplica no sólo a la política y la economía, sino también a la ecología.

La toma de conciencia de la interdependencia de los equilibrios ecológicos ha contribuido en gran medida a desarrollar una visión global de nuestras responsabilidades en materia de contaminación, así como compromisos compartidos para limitar los trastornos climáticos. La solidaridad ética emerge frente a las catástrofes naturales, las guerras, los flujos migratorios y el sufrimiento que los acompaña. El nuevo poder de las tecnologías de la comunicación y el turismo popular están reduciendo el tamaño del planeta y permitiéndonos comprender y respetar mejor a los demás. Todavía son muy pocos los

que se declaran ciudadanos del mundo, pero asistimos al innegable desarrollo de una conciencia planetaria, que yo llamo "aumentada".

Esta tendencia está dando lugar a su contrario, una creciente crítica de lo que se considera una globalización desenfrenada, que amenaza con debilitar la diversidad cultural, cuya importancia y fragilidad se comparan a las de la diversidad biológica. Se reactivan los reflejos nacionales. Se celebra la fórmula de "*lo pequeño es hermoso*". La dialéctica de lo global y lo local está desdibujando lo "glocal", un concepto que se inventó para el marketing, luego se quiso generalizar al urbanismo e incluso a la educación a distancia. El aliento mítico de lo global está provocando tormentas identitarias. Los dos mitos de unidad y unicidad chocan poderosamente en nuestro inconsciente colectivo, como fuerzas centrípetas y centrífugas incapaces de equilibrarse. Los vínculos entre nuestros sueños y nuestras realidades se tejen o se rompen colectivamente, como en la génesis biológica individual de nuestras facultades fabuladoras. Por supuesto, nuestras biografías individuales y la historia de nuestras sociedades no pueden compararse evocando nacimientos o madurez, sino sólo en términos de unión y unicidad cuya génesis biológica permanece activa en nuestras memorias inconscientes individuales y apuntala el imaginario de nuestras representaciones colectivas.

¿Podemos hablar hoy de globalización cultural?

¿Hay que creer en *La República Mundial de las Letras*? Pascale Casanova, la autora del libro al que da título, dice: "Diga lo que diga la leyenda dorada de la literatura, existe una fábrica invisible y poderosa de lo universal literario", pero enseguida denuncia su desigualdad, "un territorio donde los más desfavorecidos literariamente están sometidos a una violencia invisible". Pero ¿podemos seguir soñando? Después de la cocina internacional, ¿vamos a descubrir o inventar una estética literaria mundialista? ¿Temas globalmente compartidos? ¿O sólo se trata de circuitos de distribución y de una red activa y solidaria de escritores? 145 países firmaron en 2001 la Declaración de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural, reconociendo de facto el poder de la globalización y la necesidad de resistir a sus excesos. Pero la UNESCO no ha sido políticamente capaz de incluir la diversidad lingüística, que es igual de importante. ¿Seremos capaces de preservar un relativo equilibrio?

Algunos celebran un nuevo globalismo cultural y refinan variantes haciendo hincapié en el universalismo de lo subjetivo y de los localismos literarios, mientras que otros denuncian los imperialismos culturales. Propongo actualizar el mito bíblico negativo de la Torre de Babel en términos invertidos y positivos. Habla de un castigo divino, ya que Dios acabó con la lengua universal adámica e impuso la diversidad de lenguas para impedir que los pueblos se comunicaran entre sí, poniendo fin así a la construcción de esa torre arrogante. Hoy, sin embargo, lo veo como el mito principal de la sociedad de la información y el fundamento de la diversidad de lenguas y culturas. Entonces, ¿cómo hablamos hoy de globalización cultural? ¿Es la globalización de los vaqueros, el jazz, Hollywood, McDonald, Coca-Cola y Facebook? ¿O de la globalización de los Premios Nobel? ¿O la del Banco Mundial o los intercambios científicos, los médicos o los reporteros sin fronteras, la Cruz Roja o la Medialuna Roja, o la exploración espacial?

Era la época del colonialismo y el exotismo cultural tan celebrada desde el siglo XIX. ¿Podría ser ahora el fin del colonialismo y el exotismo? ¿Podría ser el cosmopolitismo de Diógenes de Sínope, un filósofo

cínico de la antigua Grecia que creía en la posibilidad de tener raíces locales y acceso al pensamiento universal? ¿Podría ser el cosmopolitismo de la Ilustración, de los derechos humanos universales, de Immanuel Kant y el derecho universal?

¿Podría ser el de las diásporas o el de los artistas y escritores exiliados a Nueva York para huir del nazismo? ¿Podría ser el de la occidentalización del planeta, que se impone insidiosa o positivamente en África, India, China y Japón? ¿Es el de un mestizaje cultural gradual? ¿O de yuxtaposiciones multiculturales pacíficas? ¿Habrá que prever una multipolarización que se equilibre?

Celebrar un diálogo intercultural global, como las exposiciones París Nueva York, París Moscú, París Berlín cuando se fundó el Centro Pompidou... (Por supuesto, también estaba París París, porque el diálogo nunca es neutro, siempre está centrado).

¿O debemos, en nombre de la diversidad cultural, resignarnos a comunitarismos divergentes renunciando a un universalismo imposible, que no aniquilaría las relaciones de poder ni borraría las diferencias, sino que, por el contrario, las reforzaría al desarrollarlas codo con codo? ¿Qué pensar de los imaginarios nacionalistas? ¿Son tóxicos y trágicos, o tienden a preservar la diversidad de las riquezas culturales y lingüísticas? ¿Qué ganaríamos convirtiéndonos en ciudadanos del mundo sin pasaporte, con un gobierno central único que evoca la pesadilla orwelliana o la utopía de la armonía unitaria?

Surge entonces la pregunta: ¿qué dinámica prevalecerá entre estos mitos de unión y singularidad? ¿Podrá algún día el deseo idealista de diálogo cultural superar con creces el predominio realista de las relaciones de poder político y económico?

Nuestros valores, nuestros comportamientos, nuestras creaciones, nuestras instituciones, nuestros conflictos, nuestras esperanzas y nuestros temores forman parte de esas grandes configuraciones míticas que surgen, se transforman o se desvanecen en función de nuestras evoluciones sociológicas, políticas, económicas y tecnocientíficas, sin que sepamos si el mito de la unidad perdida prevalecerá sobre el de la singularidad. ¿Triunfará al final el individualismo? ¿O el globalismo? Ambos reivindican la superioridad de su creatividad. Lo que está en juego es imaginario, pero la batalla es muy real. En palabras del poeta alemán Hölderlin, habitamos el mundo míticamente.





Hervé Fischer (París, 1941) es escritor, filósofo, sociólogo y artista de nacionalidad francesa y canadiense, fundador de la Sociedad Internacional de Mitoanálisis.

Traducido del francés por Fausto Giudice



<http://tlaxcala-int.blogspot.com>
fb&twitter @tlaxcalanetwork
<https://vk.com/tlaxcalanet>



TLAXCALA ΤΛΑΞΚΑΛΑ ΤΛΙΑΚΣΚΑΛΙΑ تلاكسكالا

la red de traductores por la diversidad lingüística le réseau des traducteurs pour la diversité linguistique
the network of translators for linguistic diversity la rete di traduttori per la diversità linguistica
das Übersetzernetzwerk für sprachliche Vielfalt a rede de tradutores pela diversidade lingüística
شبكة المترجمين للتويع اللغوي översättarnas nätverk för språklig mångfald
شبكة ترجمه بخاطر حفظ تنوع لغوي dilsel çeşitlilik için uluslararası çevirmen